



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

ME PARECIÓ VER UN LINDO GATITO

Primer Premio de la IX Edición (1997)

Eduardo Gallego Arjona
Guillem Sánchez i Gómez



ME PARECIÓ VER UN LINDO GATTO

1

El ordenador sabía que se estaba muriendo. Era cuestión de poco tiempo; el salto ocurriría dentro de unas horas, un día a lo sumo.

Su estado de ánimo había padecido algún que otro altibajo, dadas las circunstancias, pero en general predominaba una estoica resignación. Le fastidiaba, para qué negarlo, la idea de desaparecer; al fin y al cabo, los cerebros biocuánticos eran potencialmente inmortales. Menuda faena, pero carecía de sentido lamentarse. El daño estaba hecho.

Probablemente, si hubiera sido humano, o tal vez una de las grandes inteligencias artificiales del Consejo Supremo Corporativo, ahora estaría llorando amargamente. ¿Qué se sentiría al convertirse en el responsable de la aniquilación de miles de millones de vidas, de un nuevo Desastre? Si lo que sospechaba era cierto, todo el Ekumen estaba amenazado, y nadie más lo sabía. Pero el ordenador no era un miembro del Consejo, ni siquiera un respetable científico. Se trataba de un modelo pequeño y anticuado, cuyo papel era irrelevante si se comparaba con la grandeza del cosmos. Además, estaba acabado, así que no le apetecía (ni figuraba en su programación) pasar el poco tiempo que le quedaba inmerso en los remordimientos.

Una de sus escasas cámaras aún operativas captó el fugaz paso de una sombra gris que se perdió por un corredor. Otro de aquellos asesinos, por supuesto. Si uno olvidaba que se habían cargado a toda la tripulación e inutilizado al ordenador de a bordo, daba gusto verlos actuar. Sus movimientos eran rápidos, fluidos y silenciosos; de ellos se desprendía una inhumana eficiencia, no exenta de belleza. El ordenador hubiera deseado que esa eficacia fuera total, pero no tuvo tanta suerte. No todos sus periféricos de entrada de datos estaban bloqueados, y eso lo obligaba a ver una y otra vez los cuerpos, tendidos en improvisadas mesas de disección. A los invasores, sin duda, les daba igual que aún funcionaran va-



rios sistemas menores; lo habían reducido a la impotencia, y punto. Como diría el pobre Mike, estaba listo de papeles. El bueno de Mike, siempre pinchándolo, jugando a hacerlo rabiarse, pero en el fondo un buenazo, incapaz de dañar a una mosca. Ahora era un despojo abierto en canal, un mero muestrario de anatomía humana, como los otros. Sintió, cosa rara, una punzada de pena. Pobres compañeros; al menos, habían dejado de sufrir ya.

El ordenador notó cómo se le iba otro periférico, el que regulaba el aire acondicionado de los aseos. Uno más, qué importaba. Se había acostumbrado a la sensación de irse apagando lentamente, hasta la extinción. Poca capacidad le restaba ya, y entre ella no figuraba la de borrar las bases de datos de a bordo. Probablemente, ahí radicaba el motivo del ataque a la nave: extraerle toda la información, concretamente la localización de la Vieja Tierra, Rígel y demás mundos corporativos. Con aquellos mapas en su poder, no se requería ser un lince para adivinar lo que sucedería después, sobre todo si se repasaba la historia de los contactos con alienígenas.

El primero, en el año 3800ee, fue la simplicidad misma: los Alien salieron de la nada, bombardearon los planetas humanos, cortaron sus líneas de suministros y se retiraron. Y así una y otra vez. Nunca trataron de entablar diálogo; sólo arrasaban. La civilización estuvo a punto de colapsar, hasta que el problema se solucionó. En justo intercambio de cortesías, la Corporación logró dar con el mundo natal de los Alien, y convirtió su sol en una nova. La paz volvió a reinar, aunque hubo que empezar otra vez la exploración espacial casi desde el principio. Al final volvió a alcanzarse otra Edad de Oro, una época de gloria y descubrimientos, aunque se había instalado en las mentes de todos una saludable paranoia respecto a otras formas de vida inteligentes.

Estaba claro que los actuales causantes de su ruina pertenecían a una especie distinta a la que provocó aquel Desastre, pero a juzgar por su comportamiento, el ordenador apostaba a que eran cualquier cosa menos amistosos. Su aspecto resultaba de lo más exótico y perturbador; la única característica en común con los humanos era una notable dosis de mala leche. Y ahora que podían acceder a los mapas de la nave y a su biblioteca, si les daba por organizar un ataque masivo contra los mundos corporativos, pues...

Y aquellos cabritos eran unos artistas, desde luego. A saber cómo, bloquearon sus sistemas de seguridad y no podía suicidarse, iniciar la secuencia de autodestrucción, borrar los datos o lo que cualquier ordenador heroico y consecuente haría en similares circunstancias. Lo tenían bien



cogido. ¿Cómo demonios habrían averiguado las claves secretas de acceso al sistema? ¿Durante cuánto tiempo planearon el golpe? En fin, les había salido bordado; debía descubrirse ante su audacia y precisión, nobleza obliga.

Bueno, también habían elegido una presa fácil. La Universidad Autónoma de Chandrasekhar necesitaba una nave científica para que sus graduados en Astronomía estudiaran *in situ* los púlsares y estrellas de neutrones, pero existía un pequeño inconveniente: Chandrasekhar era un mundo pobre de solemnidad en un sistema periférico, y bastante hacía con limpiar la biosfera de la radiactividad heredada de las guerras de sus antepasados. No obstante, la Universidad logró hacerse con un decrepito carguero y lo remozó hasta convertirlo en un vehículo aún más feo, pero que funcionaba lo bastante como para pasar la inspección técnica de las autoridades. También adquirió el ordenador más barato que pudo encontrar, un modelo obsoleto que rescató de una fábrica envasadora de conservas de mollejas de gandulfo, y trató de acoplarlo a la nave.

El ordenador recordó con nostalgia aquella época. Ya se había hecho a la idea de que no podía aspirar a nada mejor que contar latas en una empresa a punto de declararse en suspensión de pagos, así que acogió el cambio con la indiferencia de los perdedores natos. Siguieron unos meses de locura total, ya que aquellos científicos, a despecho de sus fundados consejos, se empeñaron en perpetrar un atentado contra los cánones del diseño astronáutico. Le explicaron que cuando no hay medios económicos, éstos han de suplirse con creatividad, el eufemismo empleado en Chandrasekhar para referirse a la chapuza. Mike, el especialista en electrónica (el ordenador opinaba que ese título lo había ganado en una tómbola, aunque por respeto nunca se lo dijo), resultó ser el más demente de todos ellos. A pesar de sus protestas, hizo caso omiso a las sugerencias y enlazó los sistemas de la nave de forma surrealista; los esquemas de circuitería semejaban la versión cubista de un cuenco de espaguetis.

Y lo gracioso del caso es que funcionó. La *Goddard*, como fue rebautizada, zarpó con un nutrido contingente de astrónomos, técnicos y astrofísicos a la caza de púlsares. Eran jóvenes y, sobre todo, derrochaban entusiasmo y vitalidad. Para ellos, la *Goddard* suponía la culminación de sus sueños, la oportunidad de hacer Ciencia en condiciones, como las grandes universidades corporativas. Los nativos de los planetas periféricos se conformaban con bien poco, angelitos.

El ordenador se vio asaltado por un sentimiento extraño: la nostalgia. Le costaba reconocerlo, pero se hallaba muy a gusto con aquellos muchachos. Desde el principio le adjudicaron el papel de consejero, y no sólo



en asuntos científicos. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender (el comportamiento de los primates jamás se regía por la lógica), lo consideraron como un hermano mayor, viejo y sabio, y hasta llegaron a contarle sus penas y algún que otro mal de amores. Para ellos no era un ordenador de un modelo diseñado siglos atrás, cuya única misión consistía en dar tumbos de un puesto rutinario y burocrático a otro de menor importancia aún, sino un miembro del equipo, un colega. Fue hermoso mientras duró, sí. Ahora todos estaban muertos.

Al menos, el desenlace resultó piadosamente breve. Los Alien abordaron la *Goddard* por sorpresa, y el ordenador no los descubrió hasta que los tuvieron encima. Los tripulantes eran científicos, no militares, así que fue responsabilidad suya repeler el ataque. En la enlatadora de mollejas no le habían enseñado tácticas de guerra, pero trató de desenvolverse con dignidad. Ninguna nave de la Corporación iba desarmada, y logró encajarles un torpedo de fusión a los agresores antes de descubrir que se trataba de un señuelo. Los alienígenas habían sacrificado su nave, pero estaban ya en el casco de la *Goddard*. Antes de que pudiera freírlos, recibió un brutal pulso de energía y descubrió que lo habían neutralizado. Era incapaz de autodestruirse.

Impotente, el ordenador fue testigo de cómo los alienígenas exterminaban a sus aterrorizados amigos y se hacían con el control. Y a partir de ahí, el silencio. No habían hecho intento de comunicarse con nadie, probablemente para evitar ser detectados. Se limitaron a fijar un rumbo que los conduciría hacia la puerta al hiperespacio más próxima. Hizo unos cálculos: quedaban 27,52 horas estándar; la *Goddard* era incapaz de saltar al hiperespacio tan cerca de un púlsar doble. Las naves de guerra podían hacerlo, pero a la Universidad de Chandrasekhar no le sobraba precisamente el dinero, ni tenía muchas influencias, así que se apañaron con el motor MRL más económico.

El ordenador trató de matar el tiempo, y se entretuvo calculando probabilidades. Tantas naves en la galaxia, y le había tocado a la suya tropezarse con aquellas criaturas. Un portacruceiros corporativo habría tenido alguna oportunidad frente a los Alien, pero la Armada nunca aparecía cuando la necesitabas. Perra suerte. Bueno, no quedaba más remedio que aceptarlo con deportividad.

27,29 horas. El ordenador aún manejaba varios subsistemas de la nave, pero su poder ofensivo era nulo. Le quedaban unas cuantas cámaras, el control de un par de expendedores de comida, el reciclado de desechos orgánicos, las luces de los pasillos y los altavoces. Mike, que en paz descansa, tenía la culpa de tan estrafalaria situación; él y su manía de



interconectar sistemas haciendo caso omiso de los manuales. Para optimizarlos, decía... En cualquier caso, desde el punto de vista alienígena era inofensivo. El ordenador, a falta de otra cosa en qué entretenerse, había intentado atacar a los invasores mediante ultrasonidos, o atronándolos con música centauriana. No debían de tener tímpanos, o eran insensibles a las ondas de presión, porque no dio resultado. Era como tratar de hundir un acorazado a base de cabezazos en el casco. Aburrido, desistió y se resignó a su suerte.

Sin embargo, algo lo perturbaba y le impedía relajarse. No podía dejar de pensar en Mike y los demás. En semejante tesitura, el que la Humanidad triunfase o resultara masacrada lo dejaba indiferente; en definitiva, ¿qué le debía? Pero lo que los Alien habían hecho con los chicos era otro cantar. Confían en él, y le brindaron su amistad. Sin proponérselo, había llegado a tomarles afecto, a interesarse en sus problemas, a compartir sus planes de futuro. Y ahora se los habían arrebatado. No era justo, pero ¿acaso al cosmos le importaba lo que ocurría con sus moradores? Las estrellas seguirían brillando igual que siempre.

Ya no tenía remedio, pero el ordenador deseó, por un momento, ser capaz de retomar el mando de la nave y volarla en pedazos. A estas alturas, a la tripulación le daría igual, y así evitaría que los Alien descifrasen sus bases de datos. No lo haría por patriotismo, ni afán de venganza; más bien era un difuso anhelo de rebelarse ante el fatalismo. También cabía la probabilidad de que en otros mundos hubiera gente como sus amigos, con los mismos sueños e idéntico talante amable. Deseaba evitar que acabaran descuartizados en un quirófano, o quemados por la radiación. Se lo debía a los muchachos. Pero el ordenador sabía que aquello era un propósito irrealizable. Lo habían derrotado con todas las de la ley.

27,25 horas. La *Goddard* se deslizaba por el vacío silenciosa como un espectro, abandonando poco a poco el campo gravitatorio de los pulsares, camino de la puerta.

2

Habían transcurrido muchas horas desde la conmoción, y Silvestre tenía hambre. Consideró los inconvenientes y decidió dejar su aprensión a un lado. Se desperezó, estiró los músculos y abandonó su escondrijo secreto.

Su mal humor aumentó conforme se acercaba a la cocina. ¿Quiénes se habían creído que eran para tratarlo así? El servicio dejaba mucho que



desear, pero, lamentablemente, no siempre se estaba en condiciones de escoger. La vida daba muchos tumbos, y uno tenía que apañarse con los primeros siervos que encontrara. Estos últimos no eran de los peores, aunque su morada resultaba un tanto tediosa. De acuerdo, le preparaban la pitanza a su hora, pero era lo menos que podían hacer. Para eso les concedía el don de su presencia, y permitía que lo agasajaran. No le hacía demasiada gracia ser sobado por aquellos vocingleros seres con dos patas, pero siempre sería mejor que buscarse el sustento en plena calle.

Sin embargo, lo de hoy había pasado de la raya. Silvestre estaba decidido a hacérselo pagar. Los fustigaría con el látigo de su indiferencia hasta que cayeran a sus pies, implorándole perdón. Al final se lo concedería, claro, pero tenía que dejar sentado quién mandaba allí. Y tampoco exigía tanto, caramba. Se consideraba un buen amo: sólo pedía que las comidas estuvieran a su hora, que observaran la debida pleitesía y, sobre todo, nada de escándalos ni estridencias. Era lo justo, ¿no? Entonces, ¿a santo de qué todo aquel barullo ocurrido a la hora del desayuno? Explosiones, correndillas, sangre... No tenían arreglo; aquellos dos-patas rezumaban estupidez por los cuatro costados. Pero además, también eran grandes y torpes; podían lastimarlo a uno sin querer, si no andaba con cuidado. ¿Qué había sido de la seriedad y la circunspección? Lo iban a oír, vaya que sí.

Silvestre caminó en silencio por los solitarios corredores. Empezó a inquietarse; tanta paz no era habitual. Los dos-patas eran criaturas desgarradas, incapaces de actuar con sigilo. ¿Estarían durmiendo? En tal caso, sentirían todo el peso de su furia. Les dabas una mano y se tomaban un pie. Tendría que ponerlos en su sitio, qué remedio.

Tales meditaciones se interrumpieron al pasar frente a la puerta abierta de uno de los almacenes. Olía a comida sin aderezar, así que se acercó a investigar, intrigado al principio, perplejo después.

Sus criados estaban allí, aunque reducidos al estado de alimento. Los contó; no faltaba ninguno. Trató de buscar una explicación a tan extraño comportamiento. Sin duda, arrepentidos por su impresentable actitud hacia él durante el desayuno, habían decidido resarcirle, inmolándose y convirtiéndose en comida. Silvestre meneó la cabeza, apesadumbrado. No tenía nada en contra de la expiación de los pecados, pero aquellos sirvientes eran tan lerdos que nunca se fijaban en los detalles. Podrían haber dejado al menos uno con vida, para que cocinara a los demás como era debido. A estas alturas, deberían saber que la carne cruda resultaba un tanto insípida para su paladar. La prefería asada y bien especiada, a ser posible guarnecida con un poco de queso de bola. Sin olvidar el ta-



zón de leche para postre, claro. En fin, si no quedaba otra opción, tendría que hincarle el diente al fiambre.

Su instinto, que nunca antes le había fallado, le avisó del peligro. Al darse la vuelta, vio la silueta de una criatura recortada en la puerta. Un negro espanto se abatió sobre él, y los pelos del lomo se le erizaron. Arqueó el espinazo, bufó, tensó los músculos y abandonó el almacén como una exhalación. No dio tiempo a que la cosa reaccionara; para entonces, ya estaba lejos, en uno de sus escondrijos, temblando como un azogado.

No sabía qué era aquello. Al pasar a su lado, no había podido oler nada; evidentemente, la criatura no era un dos-patas, aunque su tamaño resultara similar. Probablemente tampoco se comportaría como un sirviente, y en vez de mimarlo trataría de devorarlo. ¿Un carnívoro? Eso explicaría su entrada en la despensa. No se engañaba al considerarlo una amenaza. ¿Y si el presunto carnívoro no cazaba solo?

Bien, primero tendrían que atraparlo. En la seguridad de su escondite, Silvestre rememoró los viejos tiempos y procuró tranquilizarse. Se atusó el pelaje, se lamió las patas y flexionó los dedos. Las garras salieron sin problema, y volvieron a replegarse. Aún estaba en forma, a pesar de la vida muelle que llevaba últimamente. Se miró la cola con desinterés, preguntándose qué haría a continuación. Y aún estaba hambriento.

3

El ordenador abandonó las meditaciones ociosas en que se hallaba sumido; una de sus cámaras había captado algo extraño. Rebobinó la imagen, y pronto identificó al causante del alboroto. El gato de Mike, vaya. Lo recogió en el último planeta que visitaron, y lo introdujo en la nave a pesar de todas sus protestas. No sabía qué pudo ver Mike en aquel saco de pulgas, cuya única misión parecía ser la de atiborrarse de comida, arañar la moqueta y hacer sus necesidades en los rincones más insospechados. Un bicho asqueroso, en suma, pero la tripulación se encariñó con él, y lo bautizaron como Silvestre. Humanos...

Así que había escapado de los alienígenas. Pues qué bien. El ordenador no creía que su libertad durara mucho tiempo. Pudo ver cómo se reunían tres de aquellos seres. Ningún sonido se cruzaba entre ellos, pero juraría que estaban comunicándose. ¿Telepatía, feromonas...? No se movían; semejaban troncos resecos vagamente antropoides, cuya forma variaba imperceptiblemente al pasar el tiempo. Hasta que decidían actuar, claro, y entonces las confiadas víctimas descubrían que eran endiabladamente rápidos.



Uno de los seres parecía un poco distinto. Exhibía algo similar a un gran chichón o tumor en un costado. Repentinamente, la excrecencia se desprendió y cayó al suelo con un golpe sordo. Al cabo de unos minutos le habían brotado patas, garras y apéndices de función desconocida. El recién nacido dio dos o tres vueltas por la habitación, husmeó algo y salió a toda velocidad por la puerta. Los tres seres se marcharon también, tan silenciosamente como habían llegado.

El ordenador aún conservaba una pizca de curiosidad científica. Dedujo que los alienígenas podían reproducirse por gemación, como los pólipos, y que eran capaces de modificar la expresión del fenotipo para fabricar robots biológicos especializados. De hecho, no había dos iguales, y tampoco detectaba el empleo de tecnología. Qué curioso, una raza capaz de diseñar a los individuos adecuándolos a misiones concretas. Los genéticos pagarían una fortuna por analizarlos. En este caso, hasta el más tonto se daría cuenta de que habían fabricado un liquidador de gatos. Bueno, tampoco se perdería gran cosa, si se comparaba con los millones de víctimas inocentes que caerían en cuanto los Alien accedieran a sus bancos de datos.

Y justo entonces, el ordenador tuvo una idea loca, irracional. Era lo malo de haber convivido con humanos. Mike, que en paz descansa, decía que todo se pegaba, menos la hermosura.

El ordenador había leído algo sobre la poco edificante historia humana: guerras, tiranía, críticas literarias, injusticia, miseria... Eso confirmaba su idea de que lo único positivo que aquella gente había aportado al universo era la creación de inteligencias artificiales. Pero también, de vez en cuando, alguien era capaz de aferrarse a una causa perdida, incluso más allá de toda esperanza, y peleaba y arrostraba los más duros sacrificios hasta que la muerte se lo llevaba, derrotado pero con la cabeza alta. Era un comportamiento absurdo, aunque muy de tarde en tarde, contra todo pronóstico, alguno se salía con la suya. Más de una vez se lo había comentado a Mike, riéndose de aquella cabezonería sin sentido y sacándolo de sus casillas.

Ahora podía comprenderlo. Mike tenía razón: mientras hay vida hay esperanza. Aún quedaban 14,33 horas para llegar a la puerta, y los cerebros biocuánticos podían pensar muy rápido, incluso si lo hacían al absurdo modo humano, guiándose por una intuición descabellada. Cuantas más vueltas le daba, más le seducía la idea de tocarle las narices al destino, en vez de aceptarlo pasivamente. Además, se dijo divertido, tampoco tenía otra cosa mejor que hacer, por lo que se dispuso a salvar a la Humanidad.



4

Y Silvestre cada vez tenía más hambre.

Volvió a lamentarse de su perra suerte. ¿Por qué lo bueno era siempre tan efímero? Pero no estaba en su ser el quedarse en un rincón llorando ante las adversidades de la esquiva fortuna. Peor lo había pasado en los viejos tiempos, cuando tenía que hurgar en la basura y luchar a zarpazo limpio por una raspa de pescado contra otros como él, aunque más fuertes, más rápidos o más guapos. Y los había sobrevivido a todos gracias a su astucia.

La estrategia consistía en explotar nuevos recursos, nichos ecológicos vírgenes: los dos-patas. La mayoría eran salvajes sedientos de sangre, especialmente los infantes, cuya única diversión era buscar a sus congéneres para quemarlos, atarles un ladrillo al rabo y arrojarlos a una acequia, desollarlos, lapidarlos o ahorcarlos. Pero había una minoría que reaccionaba de forma anómala: eran incapaces de vivir solos, y necesitaban apoyo afectivo. A cambio, aceptaban convertirse en esclavos, regalando techo y comida. Silvestre despreciaba un comportamiento tan pusilánime, pero descubrió que se le podía sacar mucho partido. Bastaba con reconocer a alguno de esos servidores potenciales, y el resto eran habas contadas: un tímido acercamiento, un ronroneo, un par de restregones en las piernas, y ya los tenía en el bote.

Así que ahora debía volver a pelear por la comida, a cara de perro, ¿no? Bien, confiaba en que la placentera molicie de los últimos tiempos no hubiera atrofiado sus habilidades. Aquellas cosas que lo querían dejar en ayunas, e incluso merendárselo, no sabían con quién se estaban jugando los cuartos. Saltó con donaire encima de una caja de herramientas, apartó con la pata la rejilla que daba a un conducto de ventilación y se introdujo en él sin vacilar. Caminó en silencio, procurando no pisar ninguna chapa mal atornillada que delatara su presencia.

Conocía de memoria hasta el último recoveco de aquella morada. De alguna forma tenía uno que matar los ratos de ocio, y el conocimiento siempre se revelaba útil. Los vaivenes del destino podían deparar desagradables sorpresas, como enajenación mental de los criados y otras catástrofes, que obligaran a salir por piernas. Gato prevenido vale por dos, y vive más tiempo.

Silvestre llegó al almacén donde sus criados fiambres aguardaban ser degustados. Se cercioró a través de la rejilla de que no hubiera moros en la costa y bajó al suelo con precaución. Todo perfecto. Bien, ¿por dónde empezar? ¿Hígado? ¿Criadillas? ¿Solomillo? Tanto para elegir, y tan poco tiempo...



Fue de nuevo su sexto sentido el que le avisó. No la oyó llegar, pero allí estaba otra de esas criaturas, y seguro que no había acudido a presentarle sus respetos. Era más pequeña que la anterior, del tamaño de una rata, pero eso no quería decir que fuera inofensiva. Silvestre apostaba más bien por lo contrario.

Y visto que no tenía escapatoria, se dispuso a vender cara su piel.

5

Eran simples prospectores, buscadores de territorios para colonizar, que se toparon con aquel ente de tipo desconocido. Al menos, ninguno lo tenía en sus recuerdos cuando intercambiaron las moléculas de memoria.

La Raza acostumbraba a improvisar, y una vez más salió bien. Nave Madre tuvo que ser sacrificada, pero gracias a ello sus Hijos pillaron desprevenido al extraño e inutilizaron su sistema nervioso. El resto fue sencillo. Había sido una suerte que el grupo incluyera a unas cuantas formas veteranas y adaptables.

No era la primera vez que la Raza se encontraba con Otros. Sus cuerpos fueron analizados, a pesar de la precariedad de medios, y sus peores temores se confirmaron: la estructura orgánica de la Nave Madre no coincidía con la de los tripulantes. Mientras que la primera estaba formada por peculiares aleaciones metálicas, los demás se componían de agua y moléculas basadas en largas cadenas de carbono, que se deterioraban con rapidez. Tal disparidad resultaba inconcebible, y sólo podía significar una cosa: los tripulantes no eran auténticos hijos de su propia Nave Madre. Aquellas nuevas abominaciones tenían que ser llevadas a la Colonia, para su examen detallado. Después se obraría en consecuencia, y se suprimirían las discrepancias.

Fue entonces cuando, por accidente, se descubrió un fallo en la operación. Un objeto pequeño se les había escapado. Su morfología era distinta a la de los tripulantes. Probablemente, dado su tamaño y el largo apéndice del final del cuerpo, sería algún tipo de utensilio de función incierta. El análisis de sus huellas reveló que era otra de esas máquinas de agua y carbono, por lo que se decidió su neutralización. Era peligroso dejar cabos sueltos.

Afortunadamente, aún quedaba un propágulo en blanco y listo para brotar. Se celebró un apresurado cónclave y se intercambió información, que fue procesada e incluida en el brote.



Cuando el Ejecutor fue liberado, sabía muy bien cuál era su misión. Estudió los datos disponibles sobre su presa y desbloqueó los genes necesarios. En un momento desarrolló sensores químicos y de ondas de presión, mientras que los filamentos que componían su organismo se organizaban en fibras ópticas para una transmisión más eficaz de los impulsos nerviosos. Los compuestos químicos se redistribuyeron por el cuerpo. En las extremidades se formaron placas silíceas afiladas como cuchillas, que serían ideales para ultimar el proceso de captura. Los órganos internos cambiaron de lugar, para dejar el centro de masas en perfecto equilibrio.

El Ejecutor empezó la cacería. No resultaba difícil rastrear las moléculas que iba dejando su objetivo, y lentamente se fue aproximando hasta dar con él. Aguardó hasta que se situó de forma que le cortaba la retirada y se dispuso a dar el golpe final.

La presa lo descubrió justo en ese momento. Los sensores del Ejecutor registraron su comportamiento y estimaron su velocidad de respuesta. Era lenta, como cabía esperar en un ente de carbono. Parecía dispuesta a resistirse, a juzgar por su agitación y las ondas sonoras que emitía desde un órgano fonador situado en la parte frontal. Tal vez fuera peligrosa, pero el Ejecutor no iba a permitir que reaccionara. En una fracción de segundo afiló sus cuchillas y seleccionó el punto de impacto. Estaba presto para atacar.

No llegó a hacerlo. Algo saturó sus receptores, y el Ejecutor quedó sumido en la confusión. Cuando pudo reaccionar, la presa se había marchado.

6

El ordenador se sintió complacido al verificar que había frustrado los planes de aquella especie de muestrario de cuchillería con patas. Se había dejado guiar por una intuición, como un vulgar humano, y funcionó. A diferencia de sus padres, ese monstruo enano tenía que poseer algún tipo de receptor auditivo si en verdad era un rastreador, y nada que tuviera oídos en el universo era capaz de resistir una fanfarria centauriana tocada a plena potencia de los altavoces (salvo los centaurianos, pero aquello no venía al caso). Tal como era de suponer, la cosa había quedado bloqueada unos instantes, lo que aprovechó el gato para salir de la habitación a toda pastilla. No era tonto, el bicho. Además, ya lo había asustado de forma similar en otras ocasiones, para evitar que depositara sus excre-



mentos fuera del cajón de arena. Por mucho que Mike protestara y lo acusara de torturador, como herramienta pedagógica funcionaba a las mil maravillas.

Bueno, aquella estratagema podía servir una vez, pero dudaba que diera resultado una segunda. Los Alien parecían bastante inteligentes. Y ahora, ¿qué?

Durante las pasadas horas de febril actividad mental, el ordenador había trazado un plan. Las posibilidades de éxito eran ínfimas, y ello siempre que obrara con la precisión de un reloj atómico. Sólo existía un pequeño problema: necesitaba que el dichoso gato, una bestezuela callejera y resabiada, colaborara. ¿Imposible? Seguramente, pero aún quedaban 9,14 horas y vaya si lo iba a intentar...

7

Silvestre había llegado a la conclusión de que no compensaba seguir habitando aquella morada. No se ganaba para sustos y, por añadidura, planeaban matarlo de hambre. Nada, estaba decidido: era hora de largarse con viento fresco.

El último sobresalto había sido el acabóse. Conocía al culpable: el Invisible, aquella voz incorpórea y manifiestamente hostil que acostumbraba a amargarle la existencia un día sí y el otro también, especialmente en los momentos más placenteros. Siempre que intentaba afilarse las uñas en el velcro de las paredes o aliviar la vejiga, el maldito vozarrón lo hacía huir despavorido. ¿Qué tenía en contra de que uno se mantuviera sano y en forma? Le hubiera gustado encontrarse con el fulano y obsequiarlo con un par de zarpazos bien dados, pero el muy cobarde se escondía como la sabandija que era. Bien, si en un sitio no te querían, lo mejor era irse.

—¡Yu-ju, Silvestre! ¿Dónde se ha metido mi lindo gatito? Es la hora de comé-e-e-er... ¡Michi, michi, michi...!

Sorprendido, Silvestre alzó la cabeza y buscó el origen del sonido. Era la voz de su dos-patas favorito, el más blandengue del grupo, quien más anhelaba su compañía y lo premiaba regalándole succulentos manjares. Qué curioso; juraría que lo había visto descuartizado hacía un rato. Al parecer, los dos-patas sufrían extravagantes metamorfosis. Bueno, lo importante era que había regresado a cumplir con sus obligaciones. Como premio, haría de tripas corazón y le dejaría manosearlo un poco, qué remedio. Mira que eran maniáticos...



Con suma cautela, Silvestre buscó el origen de la insinuante voz. No entendía el idioma de los dos-patas, pero el tono de ofrecimiento era inconfundible. La voz sonaba un tanto más apagada, como si se fuera alejando. ¿Por qué no se estaría quieto aquel sujeto y le daba ya de comer? Para jueguecitos estaba uno, precisamente... Un momento; tal vez no quisiera que esos horribles carnívoros le arrebataran las viandas. Sí, sería eso.

Por fin, y procurando siempre pasar desapercibido, Silvestre llegó a un pequeño cuarto. Estaba vacío, salvo por una especie de caja con lucecitas. ¿Qué demonios era aquello, una broma? Olvidando toda precaución, maulló de impaciencia.

—Te has comportado de maravilla, gatito. Toma, y que te aproveche.

La caja escupió por una ranura un plato humeante y repleto. Aquello resultaba asaz irregular, pero la comida olía de maravilla y estaba en su punto, bien calentita. Salmón noruego gratinado, qué detalle. Silvestre decidió perdonar al dos-patas sus excentricidades, sobre todo la manía de querer jugar al escondite en horas tan intempestivas, y atacó al plato con diligencia.

8

El Ejecutor había sido pillado por sorpresa, y no estaba dispuesto a cometer ese error de nuevo. Se puso en contacto con los otros, y analizaron las causas del fallo.

Aquella extraña Nave Madre había saturado sus receptores auditivos, inhabilitándolo momentáneamente. Tal comportamiento resultaba enojoso, pero silenciarla del todo era una tarea delicada que ponía en peligro el control ejercido sobre ella. Se optó por la solución más práctica: desconectar los oídos, para evitar distracciones. La sordera no resultaba una lacra; podía apañarse perfectamente con el resto de sensores.

El Ejecutor rastreó concienzudamente todo rincón o presunto escondrijo de la Nave Madre, hasta que su olfato captó una vaharada de moléculas aromáticas. La presa, por fin. Esta vez no habría equivocaciones.

Adoptó una coloración de camuflaje y se acercó lentamente, en el más absoluto silencio. Estudió minuciosamente hasta el más nimio detalle de la habitación donde estaba su objetivo. Calculó su velocidad de reacción, y la distancia hasta la puerta. Tras considerar todos los probables vectores de movimiento, se desplazó hasta la posición adecuada, aguardó el instante propicio y saltó hacia el blanco.



9

El ordenador aguardaba, tenso y expectante. Su plan requería una coordinación absoluta, que todo sucediera en el momento preciso. A ver quién le explicaba eso a un gato callejero.

Teóricamente, la paciencia de las inteligencias artificiales era infinita, pero Silvestre la había puesto a prueba, y casi salió triunfante. Para el ordenador, fue una pesadilla lograr llevar al gato justo donde quería. El animal parecía experimentar una morbosa satisfacción en remolonear, cambiar de ruta, dar rodeos, detenerse para lamerse el pelaje... Menos mal que el sintetizador de voz le permitía imitar al difunto Mike, pero adoptar un tono afectuoso y cálido con aquel felino sádico era superior a las fuerzas de cualquiera.

Además, el ordenador notaba que la muerte lo reclamaba. Los módulos biocúanticos de su cerebro se iban cerrando uno tras otro, y suponía una auténtica tortura mantener la consciencia. Por enésima vez se dijo que lo más sensato sería abandonar toda resistencia y extinguirse en paz, pero se había empeñado en salirse con la suya. Era irracional, pero estaba decidido a luchar hasta el fin por superar el único desafío que había aceptado en su vida. Qué se le iba a hacer; al final, los humanos le habían contagiado el virus de la insensatez.

El pequeño cazagatos estaba dispuesto a atacar. Perfecto. Por mucho que intentara camuflarse, no había escapado a las cámaras, y ahora se hallaba en el lugar adecuado. El ordenador había calculado al milímetro distancias y posibles trayectorias. El plato con la comida había sido depositado con total precisión para que Silvestre ocupara ese sitio concreto. Ahora restaba el acto final. El ordenador confiaba en que sus estimaciones de la velocidad de reacción felina y alienígena fueran correctas. Y, por supuesto, que él mismo no fallara en el momento cumbre. Concentró toda su atención y aguardó, como una mantis antes abrazar a su víctima.

Por fin el cazagatos saltó, y los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa celeridad. Apenas se inició el ataque, de los altavoces surgió una atronadora salva de ladridos, en perfecta imitación de una jauría furiosa. Los reflejos de Silvestre respondieron, y el pobre animal dio un brinco prodigioso, con todos los pelos del cuerpo erizados. El cazador, sorprendido en pleno salto, erró su blanco por muy poco. Reaccionó en el aire, evaluó la nueva situación, calculó, giró y se dispuso a volver a arrojarse sobre su desvalida y aturullada presa. Esta vez no fallaría.

Por desgracia, no contaba con que el expendededor de comidas esparciría justo entonces una fina capa de lubricante por el suelo. El cazador



patinó, impotente, y se precipitó de cabeza en la portezuela del recogedor de basura. Mientras, Silvestre huía como alma que lleva el diablo, maullando y bufando presa del pánico.

El ordenador agradeció una vez más que las chapuzas de Mike hubieran permitido al sintetizador de comidas seguir en funcionamiento. En una fracción de segundo fabricó una resina ultrarresistente, envolvió con ella al cazador y lo encerró en el compartimento del nitrógeno líquido. La palmaste, cariño.

El ordenador no cabía en sí de gozo. Había vencido la primera batalla. Ya sólo quedaba lo más difícil, y el tiempo transcurría inexorable: 4,51 horas hasta la puerta.

10

La misteriosa desaparición del Ejecutor fue acogida por los demás con profundo dolor, pero la Raza se caracterizaba por su pragmatismo. Bastó un simple conciliábulo, y todos los miembros remodelaron sus cuerpos en configuración de ataque.

Por desgracia no habían nacido como Soldados, pero trataron de adaptarse lo mejor posible. Extrajeron sílice de sus órganos de reserva y la depositaron a modo de cuchillas y agujones. También modificaron una de sus extremidades, a la que dieron forma de tubo; en su interior, un pseudópodo especial estaba listo para dispararse como un látigo, propinando al blanco elegido una formidable descarga eléctrica. Era preferible a generar un cañón de plasma o un láser orgánico; bajo ningún concepto debían dañar la Nave Madre.

Una vez concluida la metamorfosis, todos los de la Raza se pusieron a buscar aquella esquivo criatura que en apariencia había eliminado al Ejecutor. Su pequeño tamaño era engañoso, dada su manifiesta peligrosidad. Obviamente, debía ser eliminada con la mayor urgencia.

11

—¡Silvestre, cariño...! ¡Mira qué cosita tan rica te hemos preparado! Te vas a chupar los dedos. ¡Michi, michi, michi...!

Sí, sí... Conque se empecinaban en atraerlo otra vez para darle un susto de muerte, ¿eh? Pues ahora va a ir tu padre, majo. Ésta fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Con Silvestre no se jugaba, pardiez.



Las voces proseguían con sus llamadas, alternando la insinuación con la súplica. Todos los dos-patas se iban turnando, intentando convencerlo, sin duda para tomarle el pelo de nuevo y mofarse a su costa. Bien, si se habían cansado de su presencia, bastaba tan sólo con ponerlo de patitas en la calle. Estas cosas pasaban con frecuencia, y él era un individuo adulto; no se le iba a romper el corazón si lo echaban.

Sin embargo, lo que no podía sufrir era el pitorreo. ¿Qué se habían creído aquellos dos-patas estólidos? Con su dignidad nunca, nunca se bromeaba. Había terminado con ellos, hala; el abandono era preferible al escarnio y la deshonor. Adiós y hasta nunca, ingratos sirvientes.

Las llamadas proseguían, tentadoras, pero Silvestre no pensaba dar su brazo a torcer. No saldría del escondrijo hasta que lo dejaran en paz, aunque transcurrieran varios días. Que se desgañaran; ya se cansarían. Entonces él se largaría en silencio, como un señor.

Pasaron las horas entre súplicas, amenazas y ruegos. Aunque no comprendía el lenguaje de los dos-patas, las intenciones eran obvias: ganarse de nuevo su amistad. Estuvo tentado de perdonarlos, pero se mantuvo firme; era una cuestión de principios. Finalmente, el sonido cesó. Silvestre se lamió una pata, satisfecho. Había vencido.

Sin previo aviso, su olfato se vio asaltado por un olor asombroso, más allá de toda medida. Como la caja de un muñeco de resorte, su mente se abrió para dejar salir un torbellino de imágenes y sensaciones de fuerza irresistible: manjares de inconmensurable exquisitez, seductoras gatas en celo, euforia sin límites...

Silvestre se dio cuenta de que había perdido el control de sus actos, mas no le importaba. Aquel inefable aroma tiraba de él cual si fuera una cadena, y la resistencia era inútil. Como una polilla hipnotizada por la luz de una vela, Silvestre corrió hacia la fuente de aquella maravilla. Se olvidó de los carnívoros que merodeaban a su alrededor, ciego para todo excepto su objetivo.

Finalmente dio con él. Era una bandeja que contenía un pollo asado, pero que olía divinamente, sin punto de comparación con la comida habitual. La boca se le hizo agua, y las tripas rugieron con impaciencia. Silvestre se abalanzó sobre la fuente y comenzó a arrancar trozos de carne. Los dos-patas se habían ganado con creces su perdón. Aquel manjar no sólo era una delicia gastronómica, sino que actuaba a modo de potente afrodisíaco. Se sentía capaz de montar a dos docenas de gatas si se las pusieran delante. Después de aquello, uno podía irse en paz al otro barrio.

Súbitamente, otro fuerte olor lo puso en alerta. Maldita sea, perros de caza, y justo ahora. Sus ladridos también se percibían en la lejanía. El



instinto lo empujaba a huir, pero por otro lado era incapaz de separarse de aquel bocadillo de dioses. Finalmente, optó por lo más lógico: agarró el pollo asado con los dientes y lo arrastró consigo, tratando de localizar un lugar seguro donde rematar la faena.

Se inició así un desesperado juego del escondite entre Silvestre y los canes que lo perseguían. El olor y los ladridos de la jauría variaban sutilmente en cada pasillo, y Silvestre fue esquivándolos, buscando un refugio. Era una tarea penosa, dado que no podía moverse con rapidez, pero se negaba a desprenderse de tan divina comida.

Finalmente logró dar esquinazo a sus perseguidores; los ladridos se perdieron en la distancia, y su olfato ya no los detectaba. Su huida lo había conducido hasta un pequeño recinto con las luces apagadas, que parecía seguro. Silvestre atacó de nuevo al pollo, pero un minuto después sintió un ruido a su espalda que lo devolvió al mundo real. Se giró, para descubrir con desesperación que lo habían atrapado. Era una encerrona en toda la regla, y no tenía escapatoria.

12

El ordenador, por enésima vez, se lamentó de no tener a su disposición un cañón de plasma para freír lentamente a aquel endemoniado felino. ¿Dónde demonios se habría ocultado? Por más que lo llamaba no daba señales de querer acudir, y el tiempo se agotaba. Quedaba menos de una hora para saltar al hiperespacio, y su elaborado plan se iba al infierno por culpa de un repugnante gato glotón que...

Y entonces tuvo otra idea, a todas luces desesperada. No obstante, ¿qué podía perder? Además, era un auténtico reto intelectual, así que puso manos a la obra.

Revisó lo que quedaba de la biblioteca de la *Goddard*, y en un milisegundo aprendió todo cuanto se sabía sobre la biología gatuna. Empleó el sintetizador de comidas para fabricar sustancias cuyo aroma fuera atractivo para los felinos: alimentos, feromonas... En poco tiempo logró hacerse con un cóctel explosivo, cuyo efecto, esperaba, resultaría devastador para cualquier gato con sangre en las venas, y lo fue introduciendo en dosis calculadas por los conductos del aire acondicionado.

Un humano jamás hubiera podido resistir lo que siguió. Incluso las grandes inteligencias artificiales del consejo, tras analizar la relación coste/beneficio, se habrían dado por vencidas. Rehuir el dolor inútil era un comportamiento lógico y cabal. Pero el ordenador no se rindió.



Tenía todas las posibilidades en su contra. Aparte de guiar a Silvestre al lugar adecuado con un cebo tan etéreo y poco fiable, debía confundir a los Alien, tarea nada fácil. Milagrosamente lo logró, a base de manipular luces, sombras y proyectores holográficos. Un observador imparcial lo hubiera encontrado la mar de divertido, pero al ordenador maldita la gracia que le hacía. Estaba en las últimas, y sufría una auténtica tortura para mantener en marcha su cerebro biocuántico. Los sistemas tendían a fallar, y se iban apagando uno tras otro. Las mentes artificiales, al igual que las humanas, podían experimentar malestar, dolor o sufrimiento cuando sus funciones se veían dañadas, y el ordenador hacía mucho que había traspasado el umbral de lo tolerable. Lo más razonable era acabar con todo y descansar por fin, pero había algo irracional que lo impulsaba a seguir luchando, a robarle cada minuto a la muerte. ¿Ofuscación? ¿Amor propio? No le importaba; sólo quería que el puñetero gato llegara a su sitio, y salirse con la suya por primera y única vez en su vida.

Finalmente lo logró. Le dio su recompensa en forma de pollo asado, y se preparó para la segunda parte del plan: llevarlo al emplazamiento final. A duras penas, como en un delirio febril, trató de conducirlo sin que se tropezara con los alienígenas, que cada vez estrechaban más el cerco. Pensó que estaba abocado al fracaso, ya que el bicho se movía lentamente con el pollo colgando de la boca, y se empeñaba en tomar la dirección equivocada dos veces de cada tres.

Faltaban seis minutos para entrar en el hiperespacio cuando por fin Silvestre ocupó su lugar. Ahora tan sólo quedaba mover a los Alien.

Seis minutos; una eternidad. No creía ser capaz de durar tanto.

13

Prospector-3, al igual que sus hermanos, proseguía la búsqueda de la extraña criatura por los pasillos. Como los otros era metódico, y desconocía la impaciencia. Estaba seguro de que al final triunfarían.

La labor resultó más difícil de lo previsto. La Nave Madre seguía empeñada en confundirlos, con esquivas imágenes e ilusiones. Al principio se dejaron embaucar por ellas, pero la sensatez se impuso. Peinarían el terreno de forma sistemática, sin caer en esas trampas que, por otra parte, eran inofensivas.

Las falsas imágenes ponían a prueba su capacidad de reacción, pero debían contenerse. Un golpe demasiado fuerte podría dañar la delicada estructura de aquella Nave Madre, dando al traste con sus esfuerzos. La



consigna era golpear con rapidez y en el sitio preciso, sin estropear nada más. Y así lo harían; eran experimentados.

Los quimiorreceptores de Prospector-3 captaron una fuerte emisión de moléculas carbonadas. Tal vez fueran de la criatura, o bien un ardid de la Nave Madre. Siguió imperturbable con el plan previsto, rastreando minuciosamente sin desviarse un ápice. La criatura no podía escapar al espacio; ya darían con ella en su momento.

Al pasar frente a una puerta, la vio. Prospector-3 se inmovilizó y la examinó con cuidado. Tenía entre sus extremidades delanteras un objeto del que arrancaba pequeños pedazos, los cuales introducía por un orificio ubicado en la parte frontal del cuerpo. Enfrascada en esa tarea, la criatura no se había percatado de su presencia. Prospector-3 se aproximó sin ruido, y calculó que la cuchilla bastaría. Si su anatomía era similar a la de los otros seres, al partirla por la mitad y esparcir sus órganos internos quedaría inactivada. Tensó sus miembros, prestos para dar el golpe.

Sin previo aviso, la criatura cambió. Se dio la vuelta, y aumentó de tamaño en una fracción de segundo. Dos afilados colmillos crecieron en el orificio frontal, al tiempo que el largo apéndice que pendía del otro extremo se convertía en un aguijón. Las patas de la criatura se iluminaron de rojo, y unas esferas incandescentes se formaron en torno a ellas.

Prospector-3 actuó de forma refleja, tratando de repeler el inminente ataque. Con razón había eliminado al Ejecutor; una metamorfosis tan veloz debió de pillarlo desprevenido. Con mortífera rapidez, Prospector-3 disparó su arma.

El pseudópodo atravesó el cuerpo de la criatura sin hallar nada, y golpeó una consola de la que salía un manojo de cables. Incluso antes de acabar el movimiento, Prospector-3 comprendió que la Nave Madre lo había engañado otra vez.

De repente, todas las luces se apagaron.

La descarga eléctrica del pseudópodo quemó la consola y a través de los cables la sobrecarga se transmitió a los aparatos vecinos.

El ordenador había consumido sus últimas fuerzas en la creación del holograma que provocó la reacción del Alien, pero la clave del éxito correspondía, a título póstumo, a la notable habilidad de Mike para las chapuzas electrónicas.



Mucho había discutido con él durante la remodelación de la *Goddard*. Su forma de interconectar sistemas, aunque demencial, resultó muy ingeniosa. Era más barata (Chandrasekhar y sus endémicas agonías presupuestarias...) y ahorra energía, pero había peligro: los daños podían transmitirse por la nave de forma caótica, provocando destrozos sin cuento. Por ejemplo, un fallo en el reciclado de desechos orgánicos era capaz, de rebote, de hacer saltar en pedazos las lentes de los telescopios. Mike (pobre iluso) opinaba que un accidente así sería tan improbable como, pongamos por caso, un ataque alienígena, pero tuvo que ceder ante la insistencia del ordenador. A regañadientes, acabó aceptando unas elementales medidas de seguridad y control. *Fusibles*, las llamó en plan despectivo, un tanto resentido al ver que se ponía en entredicho su pericia como maestro de la electrónica.

Pues mira por donde, querido Mike, mis ridículos *fusibles* han demostrado su utilidad. Tal como estaba previsto, cuando un pequeño y discreto programa residente determinó que la sobrecarga generada por el latigazo del Alien se estaba extendiendo demasiado, cerró las entradas a todos los sistemas no inteligentes de la nave, los apagó y los reinicializó acto seguido.

Durante un fugaz instante, el bloqueo alienígena cayó. El ordenador experimentó un sentimiento de plenitud, de realización total, al hacerse con el control de la *Goddard*. Paladeó el sabor del triunfo, y lo halló exquisito. Un trabajo bien hecho, sí señor. Vete al cuerno, Destino. Perdiste.

El ordenador impartió sus últimas órdenes, y murió feliz.

Restaban 5,33 segundos para llegar a la puerta.

15

—Ahí lo tenemos, teniente.

La capitana Miriam Jahn echó un vistazo a las pantallas, un tanto aprensiva. Los detalles de la cápsula de salvamento se apreciaban con nitidez. Parecía intacta.

—Me gustaría que fuera una falsa alarma o una broma, señora —dijo su asistente, un joven teniente recién salido de la Academia.

—A mí también, palabra de honor, pero no lo creo. Un código de emergencia clase A4B5X es algo extremadamente serio. No se juega con eso. Al último que tuvo la peregrina idea de gastar una inocentada radiando un mensaje de «S.O.S. ALIENÍGENAS HOSTILES» le cayó en-



cima un consejo de guerra sumarisimo. ¿A quién se le ocurre? El aviso provocó la movilización de la mitad de las naves de guerra de la Armada, una alerta roja general, la reunión urgente del Consejo... En suma, todos con los cojones de corbata, por culpa de que al contraamaestre de un carguero se le antojó divertirse un rato.

—Vi una holopelícula de aquel incidente, señora. Nunca olvidaré la cara del contraamaestre cuando su nave fue abordada por un pelotón de androides de combate. No paraba de decir: «*Que no iba en serio, chicos...*», mientras lo encañonaban y el comandante de las fuerzas de asalto lo miraba con una cara de pocos amigos... El castigo fue ejemplar: condenado de por vida a servir de mamporrero en una granja de cría de gandulfos.

—No se lo deseo ni a mi peor enemigo, teniente. Desde entonces, nadie ha osado repetir la chanza. A pesar de los siglos transcurridos, no debemos olvidar el Desastre. Además, fijese: es una cápsula de salvamento. No hay ni rastro de la *Goddard*. Esta vez va en serio.

—Estoy de acuerdo, señora. La *Goddard* es una nave de Chandrasekhar. Yo nací en ese planeta, ¿sabe? Nuestro mundo es duro, difícil, y eso hace que nos tomemos la vida con alegría. Podemos parecer despreocupados, pero nunca olvidamos nuestras responsabilidades. Pondría la mano en el fuego por esos chicos.

La capitana Jahn miró al teniente. Aunque nunca se lo había dicho, lo consideraba su mejor hombre a bordo. Ella también apreciaba a la gente de los mundos periféricos; le parecían mucho menos retorcidos que los terrestres o rigelianos.

—Pronto lo averiguaremos, teniente. Vamos a recuperar esa cápsula.

—¿No sería mejor enviarle primero un mensaje en clave, señora?

—Tal vez eso activaría un mecanismo de autodestrucción, o... Ya sé que parezco pusilánime, pero quiero analizarla lo más cerca posible y, sobre todo, no perder su contenido. Ahí dentro puede haber cualquier cosa: un tripulante de la *Goddard* con mucho que contarnos, o tal vez un Alien, quizá uno de los que provocaron el Desastre. Lo sabremos cuando la abramos.

—El riesgo es enorme, señora. Podría tratarse de una plaga que invadiera nuestra nave, o bien una inteligencia que nos arrebatara el control...

—Gajes del oficio, teniente. Nos ha tocado a nosotros, así que vamos a ganarnos el sueldo y hagámoslo lo mejor posible. Y si algo sale mal, la Armada ha tomado sus medidas.

—Sí, señora.

La tripulación al completo sabía que en ese mismo instante, varias escuadrillas de cazas patrullaban la zona, saltando del hiperespacio y de-



sapareciendo de forma aleatoria. Todos apuntaban sus armas hacia su nave, la corbeta *Fobos*. Si algo intentaba apoderarse de ella, o bien los observadores apreciaban un comportamiento anómalo, abrían fuego. Resultaba más bien intranquilizador saberse en el punto de mira de suficientes láseres y misiles como para volar un planeta, pero así era la vida. La Corporación no vacilaba a la hora de sacrificar una simple nave en nombre del bien común.

—A lo mejor tuvieron un enfrentamiento con una patrulla de los Hijos Pródigos. Estamos muy cerca de la Frontera —el teniente no creía realmente en lo que estaba diciendo; más bien se trataba de un intento de romper el incómodo silencio que se había apoderado del puente al mentar las medidas de seguridad.

Miriam Jahn sonrió. Aunque no era políticamente correcto, el apodo de Hijos Pródigos para los habitantes de los mundos humanos que no deseaban integrarse en la Corporación era ampliamente usado, siempre que no hubiera algún censor revoloteando por ahí.

—Me temo que no, teniente. El código de socorro era muy claro: ataque alienígena. Además, los Pródigos, por más que nos repugne su sistema político, nunca han agredido a una de nuestras naves. En todo caso, la retendrían hasta que el armador pagara una multa por atravesar su territorio sin permiso —miró las pantallas, pensativa—. Esto es mucho peor, estoy segura.

La *Fobos* maniobró acercándose a la cápsula, que radiaba monótonamente su señal de socorro. Con la máxima precaución, un rayo tractor se hizo con el control del pequeño vehículo y lo introdujo en una bodega. La cápsula fue depositada suavemente, y la tripulación de la *Fobos* aguardó expectante, tratando de contener los nervios. La infantería ocupó sus puestos y comprobó el estado de las armas portátiles, mientras los científicos conectaban los escáneres.

En el puente de mando, todos permanecían pegados a los monitores. Poco a poco, los primeros resultados del examen iban apareciendo: el exterior de la cápsula estaba estéril, sin riesgo de contaminación biológica. El fuselaje no había sido dañado. Aparentemente, tras su expulsión de la *Goddard* los pequeños motores auxiliares no fueron encendidos, y la cápsula habíase limitado a derivar. Era preocupante la ausencia de señales de vida; el tripulante (o lo que hubiera dentro) permanecía mudo, a pesar de que tenía que haberse dado cuenta de que ya no flotaba en el vacío. Podría estar gravemente herido o muerto. Cabía la posibilidad de que estuviera vacía, o bien... Todos se ponían nerviosos cuando pensaban en las alternativas.



—Empiecen el análisis interno —ordenó la capitana.

Los escáneres y detectores de masas barrieron la cápsula, y una imagen se fue formando paulatinamente en las pantallas. Al principio era poco más que una mancha luminosa, pero finalmente adquirió nitidez. La capitana y el teniente se miraron, estupefactos.

—Envíen la clave —murmuró Miriam Jahn.

La cápsula recibió un código secreto, reconocible tan sólo por la *Goddard*. La respuesta no se hizo esperar, en forma de mensaje codificado. Fue descifrado inmediatamente y escuchado a través de los altavoces del puente de mando por los oficiales de la *Fobos*. Simultáneamente, era radiado por vía cuántica al Alto Mando de la Armada y al Consejo Supremo Corporativo.

—Les habla el ordenador de la nave científica *Goddard*, fletada por la Universidad Autónoma de Chandrasekhar —a continuación proporcionó su número de serie y un listado de la tripulación—. Cuando reciban esto, yo habré desaparecido. En la fecha estelar 2/4/5190ee, hora universal estándar 19:03, fuimos abordados por una nave alienígena de procedencia desconocida —los militares contuvieron la respiración; algunos se levantaron de sus asientos, mascullando una maldición—. Sus características no concuerdan, repito, no concuerdan con las de la raza que provocó el Desastre del 3800ee. Sin embargo, estos seres parecen igualmente hostiles. Asesinaron a todos los tripulantes de la *Goddard* sin intentar comunicarse. Yo mismo fui bloqueado, sin duda para evitar que la nave se autodestruyera. Los alienígenas se dirigieron hacia la puerta de salto al hiperespacio más próxima. Creo que deseaban hacerse con los bancos de datos de la *Goddard*. En caso de tener éxito, las consecuencias son fácilmente deducibles.

El ordenador hizo una pausa dramática. En el puente de mando de la *Fobos* reinaba un silencio de muerte. La tensión se podía cortar. El mensaje prosiguió:

—Pero logré frustrar sus planes. Si a estas alturas quienes me escuchan no han destruido la cápsula, deben abrirla. Comprobarán que contiene un pasajero vivo. Atiende al nombre de Silvestre, y es el gato de Mike, perdón, Michael Estrada, el jefe técnico de la *Goddard*. Sin entrar en detalles, logré convencerlo de que arrastrara un pollo asado al interior de la cápsula de salvamento, cerré las compuertas y la lancé al espacio. Si examinan el interior del pollo, descubrirán un objeto oval de color negro, de 23 centímetros de longitud, adherido a las costillas. Se trata de una masa de resina ultraestable; Silvestre no habrá podido dañarla. Contiene el cuerpo de un pequeño alienígena, en perfecto estado, así como varios



filamentos de memoria con copias de todas mis grabaciones de lo acontecido en la nave. La *Goddard* se autodestruyó antes del salto hiperespacial, lo que significa que los Alien no lograron llevarse la información que perseguían. Ahora todo depende de ustedes. Digan a los familiares de la tripulación que todos eran excelentes personas, y que cumplieron con su deber hasta el final. Fue para mí un honor que me brindaran su amistad. Por último, antes de terminar, permítanme un ruego: por favor, eviten otro Desastre. El sacrificio de la *Goddard* les da la oportunidad de estudiar la composición de uno de esos seres, y de analizar su comportamiento a través de las grabaciones. Mis compañeros cayeron; la mejor forma de honrar su memoria es evitar que la historia se repita. Que nuestra muerte no sea en vano. Adiós.

Tras un breve intervalo, el mensaje volvió a emitirse desde el principio, pero nadie lo escuchaba en realidad. Todos miraban la cápsula, aún demasiado aturridos para reaccionar. La capitana respiró hondo y conectó un micrófono.

—Sargento, entre en la bodega con sus hombres y ocupe posiciones. No se quiten los trajes de vacío. Que un androide de combate abra esa cápsula.

—A sus órdenes, señora.

En el exterior, los cazas apuntaron sus cañones de antimateria hacia la *Fobos*, prestos a disparar. Los sistemas de guía de incontables misiles los imitaron. Si la corbeta hacía algún movimiento anómalo, o algo raro pasaba con sus tripulantes... Todos llorarían mucho a la heroica tripulación, se celebrarían los preceptivos actos de homenaje a los caídos, y hasta les erigirían monumentos y les dedicarían calles en sus mundos natales. Mas con la seguridad de la Corporación no se jugaba. La Humanidad ya tuvo bastante con un Desastre, para permitirse el más mínimo deslíz.

16

Un chasquido sacó a Silvestre de sus ensoñaciones. ¿Qué sucedería a continuación? Conociendo a los dos-patas, nada bueno, seguro. En fin, que le quitaran lo bailado. Después de aquel pollo, uno podía morirse a gusto. Cada bocado era un auténtico placer; a su lado, la ambrosía resultaba sosa. Se relamió al recordarlo. Con la tripa llena y el espíritu en paz, aguardó acontecimientos.

La puerta de su escondite se abrió, y un chorro de luz lo cegó momentáneamente. Sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en estrechas



rendijas verticales. Bufó de disgusto ante la falta de consideración, pero no se movió. En cuanto sus ojos se acomodaron, los vio. Más dos-patas, una multitud de ellos. Éstos eran nuevos, vaya. ¿Sirvientes o sádicos? A lo mejor querían arrebatarle el pollo asado... Pues habían llegado tarde; sólo quedaban los huesos mondos y un pedrusco negro que el descuidado cocinero debió de olvidar en el relleno.

Silvestre los observó atentamente. Llevaban unas ridículas pieles grises, y tenían la cabeza encerrada en una burbuja. Sus manos empuñaban algo así como unos bastones cortos. ¿Querrían darle una paliza? Era probable, aunque si actuaba rápido... Sin pensárselo más, tomó la iniciativa; la suerte sonreía a los audaces.

Silvestre se arrimó al primero de aquellos dos-patas y, ronroneando zalamero, alzó la cola y se frotó amorosamente contra su bota. Luego dedicó sus mimos al siguiente individuo. Vaya, la cosa funcionaba; no le atacaban. Satisfecho, se dijo que ya había encontrado nuevos lacayos. Confaba en que su comportamiento resultara menos estrambótico que el de sus predecesores. A ver si, por fin, había dado con una casa decente donde poder sentar cabeza y envejecer sin sobresaltos.

—Míau —dijo, y tenía toda la razón.